

pales responsables del alza de los precios».

Un técnico neoyorquino (1.250 dólares mensuales, 200 dólares de alquiler) declara que ha sustituido la leche fresca por leche en polvo, más barata, que vende su viejo Volkswagen y que renuncia a comprar una lavadora. Concluye: «Hay que terminar con la guerra de Vietnam; hay que instituir un control sobre los precios y los beneficios. Hacen falta medidas radicales para poner fin a la inflación».

UN HAMBRE INSACIABLE

En este tipo de declaraciones, los frecuentes ataques contra «los beneficios» y las «big corporations» constituyen una novedad: desde hacía veinte años, por lo menos, no se habían oído denuncias públicas semejantes. Se creía generalmente que los americanos estaban convencidos de que los beneficios de los grandes «trusts» eran buenos para el país, que generaban prosperidad. Es sorprendente el viraje que se ha dado en este sentido. Se explica por las cifras siguientes: en el espacio de ocho años, el producto nacional americano ha aumentado en un 71 por 100 (en dólares corrientes); la producción industrial, en un 52 por 100; los salarios obreros, en un 37 por 100. La capacidad adquisitiva de los obreros y de los empleados no ha aumentado nada desde 1963.

Dicho de otro modo, la producción ha aumentado considerablemente en cuanto a valor y a volumen, las ganancias lo mismo, pero la masa de los asalariados, aun ganando más dólares que nunca, vi-

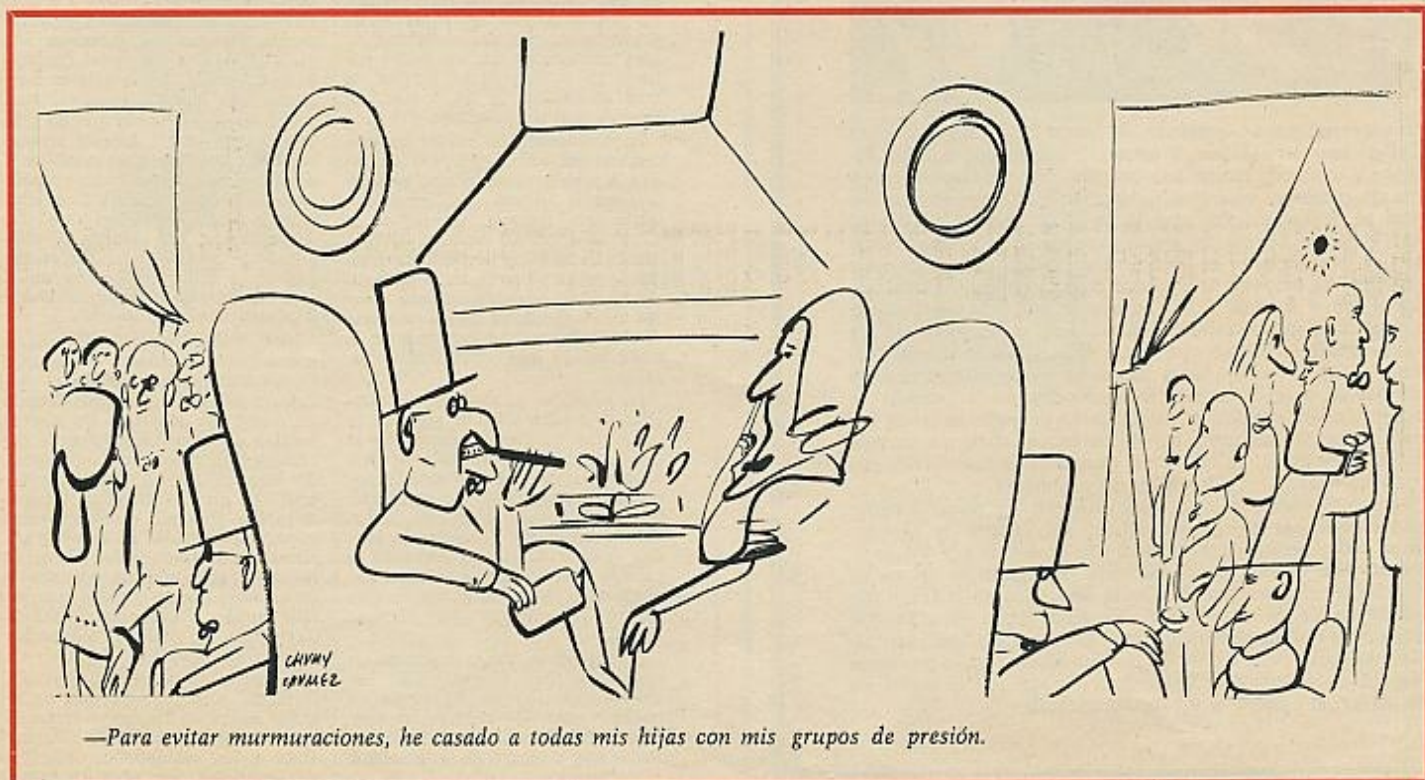
ven peor que antes. ¿Razón? Sin duda, que la masa creciente de beneficios ha sido utilizada para la sustitución, cada vez más rápida, de los equipos fijos de la industria: principal motor del crecimiento, la carrera de innovación tecnológica se ha embalsado, provocando un hambre insaciable de capitales, una elevación cada vez más rápida de los precios industriales (10 por 100 en 1969). Pero este tipo de «crecimiento por el crecimiento» no ha sido capaz de mejorar el nivel de vida, la calidad de la vida. Las cruzadas contra la polución, contra la degradación del entorno, contra la intoxicación del consumidor, y también las escaramuzas que se produjeron el mes pasado cuando los transportes públicos de Nueva York volvieron a aumentar sus tarifas, expresan más o menos confusamente una insatisfacción profunda, que puede llegar hasta la contestación radical del «American way of life».

Al producirse en este clima la recesión, una recesión que no pone fin a la inflación, podría muy bien provocar nuevas convulsiones raciales, pero también sociales. Tales explosiones, algunas de las cuales se han producido ya de manera espontánea en los últimos meses (y no solamente entre los negros, víctimas de una feroz represión), no tendrán al principio un carácter revolucionario. No obstante, la efervescencia que se está apoderando de los Estados Unidos es debida al sentimiento, muy extendido, de que las cosas no funcionan bien y que se hacen necesarias grandes transformaciones. ■ MICHEL BOSQUET.

HACIA EL EJERCITO VOLUNTARIO

En los estudios que una comisión formada al efecto está realizando se acentúa cada vez más la tendencia a suprimir el servicio militar obligatorio en favor de la creación de un ejército de voluntarios. La doctrina principal consiste en sostener que la voluntariedad en la defensa armada del país forma parte de la naturaleza de la sociedad y de los principios políticos de los Estados Unidos, y que únicamente ha debido ser modificada en virtud de las dos grandes guerras mundiales, de la guerra fría y de las intervenciones en Corea y Vietnam. Un regreso a lo «normal» debe estar marcado por un regreso al servicio militar voluntario. La condición de patriotismo elevado que se supone en todo soldado es realmente válida —dice la comisión— cuando éste lo ejerce libre y voluntariamente y no por coacción. «Un regreso al ejército enteramente voluntario fortalecerá nuestras libertades, evitará cualquier desigualdad impuesta ahora en la expresión del patriotismo, que nunca ha faltado en nuestra juventud, promoverá la eficacia de las fuerzas armadas y enaltecerá su dignidad». Desde un punto de vista económico, se supone que alistar obligatoriamente a los jóvenes supone emplearles pagándoles un 60 por

ciento de lo que podrían ganar en la vida civil. Esto es, se considera como una especie de «impuesto en especie» que grava solamente una parte de la nación, precisamente aquella parte que está obligada a poner en juego su vida para defender a los demás. La comisión propone que la paga del soldado, que actualmente es de 180 dólares mensuales —13.600 pesetas—, se eleve a 315 dólares mensuales —22.000 pesetas— para atraer mayor número de voluntarios. En los casos de urgencia en que fuese necesario, se llegaría a la movilización obligatoria, pero para ello el Presidente tendría que contar con la aprobación del Congreso. Es curioso que los adversarios del ejército voluntario se opongan también en nombre de la democracia y la libertad: temen que un ejército voluntario fuese demasiado «militarista», demasiado profesional, puesto que todos sus miembros tendrían como ideal exclusivo la vida militar, mientras que un ejército de recluta obligatoria hace participar en él a todas las clases de la nación durante un período limitado, es decir, manteniendo en todos sus miembros un sentido de «futuro civil», lo cual le da un equilibrio considerado como más democrático.



—Para evitar murmuraciones, he casado a todas mis hijas con mis grupos de presión.